

Los *fact-totems* y la imaginación estadística: la vida pública de una estadística en la Argentina de 2001*

MARTÍN DE SANTOS **

En la actualidad es difícil abrir un diario sin sentirse aplastado por una avalancha de estadísticas: PBI, desocupación, índices delictivos, calificaciones de riesgo, el índice Dow Jones, indicadores del mercado de la vivienda, índices de pobreza y déficits presupuestarios. Algunos son indicadores macroeconómicos y sociales tradicionales que existen desde hace décadas, mientras que otros han ganado preponderancia en los últimos tiempos. En economía y gran parte de las ciencias sociales, las estadísticas se consideran información, datos, hechos. Se las utiliza como representaciones validas que permiten vislumbrar una realidad social. Constituyen los elementos básicos para los análisis y prácticas de expertos en política, líderes de empresa y científicos sociales. Este estatus central de las representaciones numéricas dentro de nuestra construcción de la realidad social no ha pasado inadvertido. Una literatura sociológica importante ha criticado diversas estadísticas como representaciones problemáticas de la realidad, desde la productividad (Block y Burns, 1986) hasta las estadísticas del delito (Baer y Chambliss, 1997), pasando por el ingreso (Jencks, 1987) y los *rankings* de las facultades de derecho (Espeland y Sauder, 2007). Esa crítica demuestra que diferentes entornos sociales, incluyendo contextos burocráticos, políticos, culturales y epistémicos, dan forma y a veces distorsionan las estadísticas (Alonso y Starr, 1987; Block y Burns, 1986; Wherry, 2004).

Este trabajo va más allá de esa literatura. Argumenta que las estadísticas no son simplemente mejores o peores espejos de la realidad social, existentes para y en el mundo de los trabajadores y expertos del conocimiento. Las estadísticas viven otra vida fuera de esos ámbitos especializados, ya que los medios de noticias las catapultan a la esfera pública y les dan así una amplia circulación y un acceso al

* Querría agradecer los comentarios y el apoyo de Jeffrey Alexander, Phil Smith, Phil Gorski, Viviana Zelizer, Claudio Benzecry, Richard Swedberg y mis colegas del Yale Center for Cultural Sociology. La investigación realizada con vistas a este artículo fue posible gracias al generoso respaldo de varios subsidios otorgados por la Yale University: Gignilliat Dissertation Fellowship, Camp Grant, Enders Fellowship, Tinker Summer Fellowship, Center for International and Area Studies Pre-Dissertation Fellowship y Sociology Department Mini-Grant. Horacio Pons tradujo una versión preliminar en español sobre la que se basa este escrito.

** CONICET/UNSAM

público masivo. La meta de este artículo es examinar las representaciones estadísticas en cuanto desbordan los entornos epistémicos sumamente estructurados de los expertos para llegar a la esfera pública fragmentada que constituyen ciudadanos, trabajadores y consumidores no expertos. El trabajo muestra que pueden dejar de ser meras cantidades, pedazos de información para transformarse en ricas representaciones colectivas.

Este cambio de perspectiva exige una comprensión y una teorización más sólidas de las estadísticas en público, una que investiga las esferas públicas reales y no sociedades civiles y mercados idealizados (Alexander, 2006). Una vez que observamos las estadísticas tal cual las representan efectivamente los medios y las comprenden públicos concretos, resulta claro que donde muchos científicos sociales ven un árido desierto numérico de información en blanco y negro hay una colorida y fecunda imaginación estadística. Las estadísticas son objetos y símbolos culturales que encarnan significados profundamente arraigados para las colectividades.

Para presentar la imaginación estadística, el artículo apela al concepto de *fact-totem*. Un *fact-totem* es una estadística con elevada visibilidad mediática y pública que se articula con relatos identitarios centrales de una colectividad. Este nuevo concepto echa luz sobre las estadísticas como objetos culturales multifacéticos que las concepciones tradicionales de la información no son aptas para manejar. Este punto de vista pone en tela de juicio supuestos teóricos de gran arraigo que abordan las estadísticas como objetos transparentes, simples e inequívocos. Los *fact-totems* son símbolos poderosos que condensan la atención social y suscitan respuestas apasionadas de vastas audiencias. Esa atención concentrada da origen a dramas estadísticos que tienen efectos difusos pero potentes sobre las percepciones que los actores tienen de la realidad social y económica, incluidas las intervenciones políticas.

El artículo propone un enfoque empírico para estudiar de manera densa y texturada la circulación de los números públicos en nuestras complejas y mediáticamente ricas esferas públicas, a través del examen de la vida pública del “riesgo país” en la Argentina durante 2001. El estudio en profundidad permite la construcción de un marco teórico detallado. El riesgo país es un índice financiero que mide el precio de los bonos según se negocian en los mercados secundarios. En los círculos financieros suele interpretárselo como un indi-

cador del nivel de riesgo que presentan dichos bonos. En el momento antes señalado de la Argentina, ese índice fue objeto de una vasta atención mediática más allá de la prensa económica y financiera, teniendo una amplia circulación en titulares, bajadas y primeras planas de los diarios más importantes, así como en los principales noticieros de la televisión. También despertó una intensa atención del público: un amplio sector de la población argentina lo seguía diariamente y hacía de él un tema central de las conversaciones en la esfera pública. En este trabajo mostraré que el riesgo país, antes un oscuro indicador financiero, se convirtió por entonces en un *fact-totem*.

El texto se organiza en cinco partes. La primera revisa la literatura sobre la sociología de las estadísticas y expone los lineamientos iniciales del artículo. La segunda y la tercera introducen el riesgo país y despliegan las principales coordenadas metodológicas. La cuarta desarrolla el concepto de *fact-totem*, articulado con el caso de riesgo país. La quinta y última parte esboza algunos elementos para la elaboración de una teoría narrativa de los números públicos y los *fact-totems*.

La sociología de las estadísticas

La investigación empírica sistemática de las estadísticas como objetos de estudio recibió algo de atención de un grupo variado de estudiosos. Sin embargo, a pesar de reiteradas exhortaciones a estudiar la vida pública de las estadísticas (Block y Burns, 1986; Starr, 1987), este terreno sigue siendo un fenómeno social inexplorado. No deja de sorprender que así sea, habida cuenta del hecho comprobado de que son las evaluaciones generales de la economía –que están vinculadas a las estadísticas económicas–, y no la economía del bolsillo de cada uno, las que tienen en nuestras democracias un papel clave en los resultados electorales (Kiewiet, 1983, 1985).

En la literatura consagrada a las estadísticas pueden identificarse cinco direcciones distintas tomadas por la investigación: el estudio de la producción de estadísticas; la investigación sobre categorías estadísticas y la marca que dejan en la realidad social; los efectos de las encuestas y otras mediciones sociales sobre la sociedad, las organizaciones y los campos institucionales; el papel de las estadísticas en la construcción de los problemas sociales, y, para terminar, el estudio de la comprensión pública de la ciencia y la tecnología.

La literatura mencionada en primer lugar ha dilucidado numerosos factores que dan forma a la producción de estadísticas: el papel de los expertos y las burocracias en el desarrollo de nuevos indicadores (Wherry, 2004); la institucionalización de los indicadores y sus usos sociales y políticos (Baer y Chambliss, 1997; Block y Burns, 1986), y los problemas de medición incorporados a los indicadores sociales y económicos (Alonso y Starr, 1987; Baer y Chambliss, 1997; Block y Burns, 1986; Jencks, 1987). Estos autores ponen el acento en la manera de producir las estadísticas, y apuntan a los factores epistémicos, organizacionales, económicos y políticos que se entrelazan en su construcción.

La segunda se concentra en los sistemas de clasificación inscriptos en las estadísticas. Las clasificaciones implícitas en los sistemas estadísticos no son simples espejos de la realidad social: tienen un carácter performativo, en el sentido de que inventan y transforman colectividades y la propia realidad social (Austin, 1967; Callon, 1998; MacKenzie, 2004). Los cómputos exigen categorizaciones y a menudo implican la constitución de nuevas clases de personas. Los sistemas estadísticos de categorías son a menudo, aunque no siempre, fabricados por los Estados, y tienen influencia sobre la concepción que la gente se forja de sí misma y de los otros (Anderson, 1983; Desroisieres, 1998; Foucault, 1990, 1991; Hacking, 1990; Patriarca, 1996; Porter, 1995). Para Bourdieu (1994) y Boltanski (1987), cuya fuente de inspiración es el trabajo final de Durkheim sobre los sistemas de clasificaciones, el Estado actúa como el “banco de capital simbólico” que modela las categorías que determinan los principios de visión y división de la población en un territorio determinado por medio del sistema escolar.¹

¹ Los principios de clasificación, inscriptos en los sistemas estadísticos establecidos por las burocracias y respaldados por leyes, marcan las categorías del pensamiento social. Generan formas de pensar que son “lo que las formas primitivas de clasificación descritas por Mauss y Durkheim eran para la ‘mente salvaje’” (p. 8). Luc Boltanski (1987) muestra, con referencia a un caso concreto, el de los *cadres* franceses, cómo se imprime en lo social una categoría estadística.

Tercero, trabajos más recientes realizados por historiadores, politólogos y sociólogos documentan los efectos de diversas mediciones numéricas sobre la sociedad. Sarah Igo (2006), en el contexto de la historia de las encuestas y la investigación social, y Diana Mutz (1998), con referencia a los efectos de las encuestas de opinión sobre la sociedad, han sostenido que los números de las encuestas tuvieron un papel en la creación, no sólo en la medición, de los públicos de masas modernos. Wendy Espeland y Michael Sauder muestran que las mediciones públicas recrean mundos sociales en un estudio de los *rankings* de las facultades de derecho y su efecto sobre el campo que las agrupa (Espeland y Sauder, 2007).

Cuarto, el estudio de la construcción social de los problemas sociales se ha ocupado del papel de los números en el surgimiento de cuestiones tales como la desaparición de niños (Best, 1989) y los conductores alcoholizados (Gusfield, 1981). Esta literatura forma parte de la tradición de la sociología crítica que examina las representaciones mediáticas de los “problemas sociales” y pone de manifiesto cuestiones de medición en las estadísticas (Baer y Chambliss, 1997) y exageraciones y parcialidades de los medios (Orcutt y Blake, 1993; Reinerman y Levine, 1989) y los activistas (Best, 1987, 2001). Joel Best (2001) y Johnson (1989) describen uno de los grandes géneros mediáticos utilizados para informar sobre los problemas sociales. Sostienen que los medios tienden a comenzar con un “enganche” o un relato atrapante, dramático y emotivo sobre un individuo en particular: un asesinato, un secuestro o un accidente. En general, esos enganches son seguidos por estadísticas destinadas a poner en perspectiva el problema que ellos han descrito de manera tan vívida (Best, 1989, p. 2).

Quinto y último, en paralelo con estas literaturas hay un campo creciente de estudios sobre la comprensión pública de la ciencia que ha producido estimulantes investigaciones en una amplia gama de temas, desde la energía nuclear hasta el ADN y los alimentos genéticamente modificados.² Este campo se concentra en la comprensión que los legos tienen de los problemas científicos tanto en los medios como entre el público. El grueso de estos trabajos sigue dos esquemas básicos, el de déficit y de la deliberación pública sobre los modelos de la ciencia (Lewenstein, 1992; Crettaz von Roten, 2006; Wagner, 2007). En los estudios característicos del primer tipo, se utilizan investigaciones para establecer que un segmento del público general malinterpreta una cuestión científica específica. Por ejemplo, cómo se representan en los medios los alimentos genéticamente modificados y cómo los entiende el público (Durant, Gaskell y Bauer, 1998). Con frecuencia, esta literatura hace hincapié en la incapacidad del público para entender un problema científico determinado y recomienda mejorar la educación científica en todos los niveles y ampliar la visión y la capacitación de los periodistas (Lewenstein, 1992; Crettaz von Roten, 2006).³ La segunda tradición asume una postura similar, pero se plantea la manera de hacer participar a los ciudadanos de las democracias modernas en los debates sobre la agenda y la política científicas, así como sobre los problemas políticos de contenido científico (por ejemplo, si permitir el cultivo o el consumo de alimentos genéticamente modificados dentro de los lí-

² Este campo tiene sus propias publicaciones: *Public Understanding of Science* y *Science Communication*.

³ Aunque no formalmente incluida en esta tradición, pero con una franca adhesión a sus supuestos previos, hay una agenda de investigación en economía que constata el escaso conocimiento e interés del público en materia de cuestiones económicas, y sostiene que de esta situación se deducen consecuencias para la política y la modelización económicas (Blinder y Krueger, 2004). En este caso también prevalece el modelo del déficit. Cuando se lo interroga, el público, por lo común, fracasa en la “prueba”.

mites de una nación). Esta literatura se funda en ideas de la teoría democrática y la esfera pública para tratar de dar con modelos de comunicación científica que den cabida a una mayor educación y deliberación popular. En los últimos tiempos se han formulado algunas propuestas para ir más allá de estos modelos, y se aduce en ese sentido la necesidad de entender cómo interpreta la gente las estadísticas y de qué manera se puede extender el conocimiento de éstas entre el público (Crettaz von Roten, 2006).

Estos cinco programas de investigación han hecho importantes aportes sociológicos y demostrado que las representaciones numéricas son, en las sociedades contemporáneas, objetos sociales complejos. No obstante, tienen limitaciones. El primer grupo de autores se concentra en el aspecto de la producción del fenómeno. Ésta es sin duda una tarea esencial, dada la centralidad económica de muchas estadísticas y su pretensión de ser mediciones objetivas, apolíticas y científicas. Necesitamos entender de qué manera los distintos entornos sociales dan forma a las representaciones numéricas. Pero este enfoque deja sin respuesta la importante cuestión del “consumo” de estadísticas. ¿Qué pasa con éstas una vez publicadas y difundidas? ¿Cómo las entienden quienes no son expertos?

Las literaturas de la “marca” plantean el contundente argumento de que las estadísticas no son meros espejos de la realidad social, sino complejas construcciones sociales que también la moldean. Desde las encuestas hasta los *rankings* y los sistemas estatales de clasificaciones, las estadísticas tienen una diversidad de efectos sobre el mundo social. Los actores pertenecientes a diferentes ámbitos institucionales, desde los decanos de facultades de derecho hasta los directores ejecutivos de corporaciones y los jefes de departamentos de policía, han entendido la importancia de las mediciones numéricas cruciales y han hecho intentos de manipular el sistema e influir en mediciones tales como las ganancias por acción, los índices delictivos y la proporción entre docentes y alumnos o los salarios promedio, en un esfuerzo por mejorar los indicadores claves. Sin embargo, a pesar de ser muy fecundos, esos estudios han omitido abordar lo que llamo imaginación estadística: el conjunto de significados articulados en torno de las estadísticas por los medios masivos y las audiencias de legos. Tampoco se han concentrado en la recepción social de determinados números en coyunturas específicas: ¿cómo entienden los no expertos los índices bursátiles de 2008 en los Estados Unidos? ¿Cómo entendían los argentinos el riesgo

país en 2001? ¿Qué significa para una comunidad específica un pronunciado ascenso de los índices delictivos? ¿Cómo interpretan los trabajadores de una corporación y el público en general el ascenso o la caída meteórica de la cotización bursátil de la empresa?

Pese a críticas importantes de determinadas estadísticas y sus representaciones mediáticas, la literatura sobre los problemas sociales no ha realizado un análisis sostenido y sistemático del papel de los números en los medios o en los debates públicos. Su énfasis en el proceso de los problemas sociales no permitió a sus autores hacer una separación analítica entre las estadísticas y la actividad de formulación de tesis en la construcción de esos problemas. Se ha acercado más que literaturas previas, pero no ha tomado los números públicos como objetos específicos ni estudiado las formas concretas de sus representaciones y su narración. ¿Cómo escriben y hablan los medios masivos de las estadísticas a audiencias que no son especializadas? ¿Qué estadísticas se resaltan? ¿Qué géneros se usan más allá del proceso de los problemas sociales?

Por último, sólo recientemente la literatura sobre la comprensión pública de la ciencia ha sostenido la necesidad de examinar la interpretación que el público hace de las estadísticas, en un intento de romper el “modelo del déficit” (Crettaz von Roten, 2006). Con todo, aun este intento recae en una forma de ese mismo modelo y vuelve a la cuestión de dilucidar cómo educar al público. En este sentido, no se ha ocupado más profundamente de cuál es el significado de los “malentendidos” públicos ni de los fenómenos colectivos que cristalizan alrededor de ellos.

Estas literaturas no dejan dudas de que las estadísticas no son meros fragmentos de información o simples espejos de la realidad social. Son objetos sociales multifacéticos. En ese carácter, los entornos sociales tienen influencia en el modo de producirlas y de utilizarlas. Los sistemas de categorías inscritos en ellas no se limitan a representar la realidad: la moldean. También son cruciales en la construcción de los problemas sociales y están sujetos a la impugnación y la distorsión de los activistas y los medios. El presente artículo profundiza estas ideas, encauzándolas en una nueva dirección. Se concentra en el “consumo” de estadísticas (Starr, 1987) y no en la producción de estas representaciones numéricas. Propicia el enfoque que procura entender el papel de las estadísticas en la formación de lo social, pero en vez de concentrarse en los sistemas de ca-

tegorías, toma como objeto estadísticas específicas, las considera como representaciones colectivas y examina cómo pueden llegar a ser símbolos influyentes. Para terminar, no sólo ve las estadísticas como mejores o peores representaciones y estudia su papel en la creación de problemas sociales o en la comprensión “correcta” del público, sino que las explora como objetos sociales por derecho propio.

Las estadísticas en público

Este artículo conceptualiza las estadísticas como representaciones colectivas que circulan en los medios y públicos de nuestras sociedades contemporáneas. Este enfoque tiene dos consecuencias. En primer lugar, implica abandonar ideas teóricas preconcebidas de amplia vigencia en varias disciplinas de las ciencias sociales (con mayor preponderancia en la economía que en la sociología), que conceptualizan las estadísticas como información lisa y llana: lo que denominaré perspectiva del “objeto transparente”. Según este punto de vista, la cuestión relevante que atañe a las estadísticas es si un actor tiene acceso a una información dada (Fama, 1970; Schiller, 2005), así como las cuestiones referidas al costo de producir y difundir la información. En el ámbito de la economía, la mayoría de las discusiones sobre la información tienden a suponer esa transparencia, y en los pocos casos en que no suponen una información perfecta (todo el mundo tiene el “conocimiento” que necesita y sabe cómo utilizarlo) se concentran en ver qué tipo de acceso a la información tiene la gente. Conforme a esta concepción, las estadísticas tienen un único significado, la definición estándar en los círculos expertos. Y pueden mantener intacto ese significado aun cuando pasen de un contexto a otro, de los círculos epistémicos a los públicos masivos.

El abandono de la perspectiva del objeto transparente implica entender que las estadísticas también son objetos culturales: símbolos cuyo significado varía según el contexto. Pueden ser más o menos opacos o conspicuos en función del público que las considere. Esto es particularmente válido cuando se trata de objetos epistémicos complejos como las estadísticas, que a menudo están al margen del campo de experticia del público interesado en las noticias generales (Crettaz von Roten, 2006). ¿Podemos dar por sentado que la mayoría de los participantes en la esfera pública entenderán el riesgo país o cualquier otro indicador del mismo modo que un analista financiero o un economista? ¿“Usan” esos símbolos de igual manera que

estos expertos? ¿Qué connotaciones tienen esos indicadores para las audiencias generales? Para describir en detalle la imaginación estadística, es menester examinar empíricamente estas cuestiones, caso por caso.

En segundo lugar, el enfoque que adoptamos en este artículo traslada el centro de la atención del mundo de los expertos y la producción de estadísticas a las formas concretas en que éstas son representadas, contadas e interpretadas por los medios noticiosos y diferentes públicos. El aspecto clave es que las estadísticas públicas deben estudiarse sistemática y empíricamente para determinar patrones y factores relevantes que afectan su desborde hacia la esfera pública.⁴ Una vez desechado el supuesto teórico de la información transparente, la indagación para establecer si una estadística determinada diverge de su interpretación experta convencional, y cómo lo hace, debe abordarse como una cuestión empírica.

El argumento que planteo es similar al expuesto en el hoy clásico estudio de Viviana Zelizer (1994) sobre el significado del dinero. Zelizer puso en tela de juicio la concepción corriente del dinero como un instrumento de racionalización y mercantilización y mostró la coexistencia de diferentes usos y significados. Por mi parte sostendré, de similar manera, que las estadísticas, otra forma adoptada por la racionalización, y también una tecnología cuantitativa, pueden destinarse a distintos “usos” en contextos sociales cambiantes. Así como el dinero puede asumir diferentes texturas morales de conformidad con sus usos y orígenes, en ocasiones las estadísticas son resignificadas y transformadas en su circulación a través de los medios noticiosos y las conversaciones públicas.

Sin embargo, no pongo el acento en los “usos” de las estadísticas en diferentes esferas sociales. Tras los pasos de los sociólogos de la cultura, destaco que las estadísticas son signos semióticos y objetos culturales sujetos al cambio en contextos, géneros, relatos y medios diversos. Jeffrey Alexander, Phil Smith y sus colegas del Yale Center of Cultural Sociology han mostrado en numerosos estudios que los objetos sociales se insertan en matrices semióticas (Alexander, 2001, 2004; Jacobs, 2000; Mast, 2006; Smith, 2005). El planteo también es válido para las tecnologías: la tecnología informática y la tecnología punitiva están inmersas en códigos y relatos semióticos (Alexander, 2003; Smith, 2003, 2008). Esta corriente de la sociología de la cultura ha explorado las dimensiones significativas de la

4 En otro lugar explico con más detalle que los medios, para “narrar” las estadísticas, despliegan una retórica de los números en público (De Santos, s. f.[a]), y muestro cómo las entienden las audiencias no profesionales (De Santos, s. f.[b]).

vida social y la esfera pública, con foco en los discursos y los sistemas binarios de la sociedad civil (Alexander, 2006; Alexander y Smith, 2001; Smith, 2005); los relatos y géneros en su articulación con la esfera pública (Jacobs, 2000; Smith, 2005); el trauma cultural (Alexander, 2003; Eyerman, 2001; Goodman, 2006), y las actuaciones sociales (Alexander, 2004; Goodman, 2006; Mast, 2006). Al impulsar la indagación en diversos ámbitos, desde la raza y la guerra hasta los escándalos políticos y las transiciones democráticas en lugares que van de los Estados Unidos a Europa y Sudáfrica, estas investigaciones han desarrollado la idea clave de que, en sus varias encarnaciones, el significado y la cultura tienen un papel estructurante en el mundo social.

Este artículo lleva ese trabajo a un nuevo terreno: las representaciones numéricas. Este programa de investigación se ha concentrado en diversos tipos de objetos sociales, desde los acontecimientos (Jacobs, 2000) y los escándalos (Mast, 2006) hasta las tecnologías (Alexander, 2003; Smith, 2008) y las políticas (Smith, 2005), así como en el relato que se hace de esos objetos en la sociedad civil. Prosigo ese trabajo con nuevos objetos: las estadísticas en público o, como yo las llamo, los números públicos. Dada la escasa literatura previa sobre la imaginación estadística, gran parte de la tarea consiste en sentar las bases para el desarrollo de una sociología cultural de los números públicos. Esto implica la propuesta de una teorización y exploración más pormenorizadas de las formas reales en que los números públicos se representan en los medios y las maneras como el público los utiliza y los entiende.

Mostraré que los números públicos son un tipo específico de objeto cultural y social. No sólo son representaciones mediáticas políticamente relevantes. También son una forma específicamente moderna de representación. Los números públicos pueden llegar a ser potentes representaciones colectivas que articulan y movilizan significados profundos y respuestas emocionales. El “*fact-totem*” es una de las formas que adoptan cuando se convierten en el punto de mira de una intensa atención social y se vinculan a relatos identitarios fundamentales. El desarrollo del concepto de *fact-totem* permitirá sacar a la luz las dimensiones simbólicas de los números públicos.

Casos y datos

La avalancha de estadísticas con que los medios nos abruman diariamente ha producido casos interesantes de números públicos dignos de estudio, desde los movimientos de montaña rusa del promedio industrial Dow Jones y el NASDAQ hasta las cifras de desempleo en muchos países europeos y los índices delictivos a lo largo y lo ancho del planeta. La ausencia relativa de literatura sobre la vida cultural de las estadísticas me convenció de que la prudencia debía estar a la orden del día. Con ese fin, decidí emprender un estudio en profundidad de un caso que exhibía un alto grado de exuberancia estadística. El mejor caso que encontré es el del riesgo país en la Argentina de 2001. La concentración en un solo caso brinda una oportunidad sin igual de investigación en profundidad, construcción teórica y elaboración de un nuevo objeto de investigación (Auyero, 2000; Ragin, 1987; Smith, 2008; Steinmetz, 2004).

El riesgo país tenía varias cualidades que hacían de él el sitio ideal para la exploración de los números públicos. Primero, es una estadística que ha sido objeto de una enorme cobertura y atención pública. La efervescencia estadística también era reciente, lo cual brindaba la posibilidad de acudir directamente a la audiencia general, en vez de basarse sólo en materiales de los medios. Por último, el riesgo país es un nuevo indicador y, a diferencia de muchos otros que han sido estudiados, no es el producto del Estado ni de ningún organismo oficial.

La mayor presencia en los medios permite que haya más materiales para analizar y más diversidad en los datos. La profundidad de la penetración del riesgo país en la esfera pública, más allá de las elites, representa una oportunidad de explorar la reverberación de los números públicos en la sociedad civil. La misma intensa efervescencia permite poner de relieve algunas dimensiones y fenómenos relacionados con los números públicos que podrían no ser visibles en casos más débiles.

El riesgo país también es un indicador nuevo. A diferencia de los números públicos de larga data como las cuentas nacionales (PBI, inflación, desempleo), sólo adquirió publicidad en 2001. Así, tenemos la posibilidad de explorar un número público en *status nascendi*. Por otra parte, el riesgo país es diferente de otras estadísticas que han sido sometidas al análisis sociológico. No es un producto del Estado, ni de un organismo paraestatal, y tampoco lo elaboran ONG,

emprendedor académico o activista moral algunos. Es un indicador de mercado producido por el mercado, para el mercado y a través del mercado. No sólo está estrechamente ligado a éste, sino que la historia de este índice muestra un denso entrelazamiento con la historia misma de la globalización financiera. El estudio del riesgo país es, en consecuencia, una manera fructífera de estudiar la vida pública de los números públicos de las estadísticas.

Fuentes de los datos

El núcleo empírico de este artículo es un análisis del riesgo país en la esfera pública argentina. Para ello emprendí varias tareas diferenciadas de recolección y análisis de datos. En primer lugar, observé las representaciones que los medios hacían del riesgo país en la Argentina de 2001. Esta tarea implicó la recolección sistemática de todas las menciones de ese índice en diario *Clarín*. Presté particular atención a los titulares, bajadas y primeras planas, que llegan al público más amplio y son más probablemente leídos por no expertos. También reuní todas las viñetas humorísticas de la primera plana de *Página 12* y las codifiqué en función de la aparición de “riesgo país”. Diecisiete de esas viñetas –el 4,6% de la muestra– mencionaban la expresión.

En segundo lugar, examiné la interpretación que se formaba el público lego del riesgo país y el uso que hacían de esta estadística. Esta tarea implicaba analizar una variedad de fuentes, incluyendo entrevistas en profundidad con un grupo no aleatorio pero diverso de cuarenta y un argentinos; un análisis de treinta y cinco cartas de lectores sobre el riesgo país publicadas en *La Nación*, y un examen de las listas de notas más leídas en clarin.com, el principal diario *online* del país, así como diversas crónicas publicadas en diferentes medios que abordaban el riesgo país como un fenómeno social.

Las entrevistas en profundidad se realizaron en una muestra diversa pero no aleatoria de argentinos residentes en la región metropolitana de Buenos Aires, donde vive aproximadamente un tercio de la población del país. La muestra se reclutó por medio de una extensa red de contactos con el fin de incluir diferentes grupos socioeconómicos y distintos hábitos de consumo de medios, edades y géneros. Se tomó la precaución de contar con un grupo diverso de ocupaciones y lugares de residencia. Ocho entrevistas se realizaron en junio de 2004 (dos años y medio después de la crisis), y treinta y

tres en diciembre de 2005 (cuatro años después de la crisis). Las entrevistas fueron abiertas, pero con el apoyo de una guía de pautas para garantizar que mantuvieran cierta estructura y fueran comparables. Su estructura general era la siguiente. En primer lugar se pedía a los participantes que se expresaran sobre la crisis de 2001. Luego se les preguntaba sobre los signos de ésta y si recordaban algún indicador importante de ese año. Se les daba el tiempo suficiente para que hablaran sin dirección. Si el tema del riesgo país no salía de manera espontánea, se les preguntaba directamente si lo recordaban y recordaban sus significados, su presencia en los medios y su importancia. Al contar con una variedad de tipos de fuentes y análisis, pude proponer una descripción densa y detallada del riesgo país en la esfera pública argentina.

¿Qué es el riesgo país?

El riesgo país es un improbable candidato a número público. Forma parte de una batería de parámetros utilizados en el mundo financiero para seguir la evolución de los mercados de bonos de los países emergentes. Mide la diferencia en la tasa de interés que los bonos de un país pagan en comparación con los bonos del Tesoro de los Estados Unidos. Como el S&P 500 y el índice bursátil Dow Jones, se elabora a partir de una submuestra fija de la población de ese tipo específico de instrumentos financieros; en el caso del riesgo país, de una cantidad determinada de bonos en vez de acciones. Pero hay un elemento más. El riesgo país toma el número surgido de la muestra diaria y lo compara con lo que se considera la forma más segura posible de inversión en bonos: los bonos del Tesoro norteamericano. Surge así la diferencia de interés pagado por los bonos. Este interés excedente se interpreta como el riesgo que los inversores asignan a la posesión de dichos bonos. Por ejemplo, un riesgo país de 700 puntos básicos significa que los bonos se compran y venden con un 7% más de retorno que los bonos del Tesoro estadounidense. Se trata de un tipo común de indicador habitualmente conocido como “diferencial” [*spread*], la diferencia de rendimiento entre instrumentos financieros. Gran parte de la literatura económica que se ocupa de los mercados de bonos no menciona el riesgo país y se refiere en cambio al EMBI +, el diferencial de bonos o de bonos soberanos (Bustillo y Velloso, 2000).

Los diferenciales son tan antiguos como los propios mercados financieros, pero el riesgo país es relativamente nuevo. En los círculos especializados se lo conoce como EMBI +, o Emerging Markets Bond Index Plus, y lo elabora diariamente el J. P. Morgan Chase. Su primera encarnación, el EMBI, fue presentado por J. P. Morgan en 1992 y sólo cubría los bonos Brady. A fines de 1993, este banco de inversión presentó el EMBI + para incluir estos y otros instrumentos de deuda externa como los bonos en euros y los bonos globales. El EMBI + comprendía instrumentos de países cuyas calificaciones crediticias iba de BBB+ a Baaa1. El objetivo de ese índice era “crear un parámetro que refleje con exactitud y objetividad los rendimientos de ganancias de precios e intereses devengados en un portafolio ‘pasivo’ de deuda negociada de mercados emergentes” (J. P. Morgan, 1995, p. 4). El EMBI + es un compuesto de diferentes tipos de bonos y préstamos negociados. Los instrumentos incluidos en el índice deben tener un valor de circulación mínimo y un alto grado de liquidez y deben cancelarse internacionalmente, además de estar denominados en una divisa externa (dólares estadounidenses o euros, en su mayor parte). Los resultados se calculan para cada país como un componente del EMBI + compuesto (J. P. Morgan, 1995).

El componente país para la Argentina es lo que llegó a conocerse como “riesgo país”. Hasta 2001, este indicador fue de la incumbencia exclusiva de los expertos. Ese año, el índice del riesgo país se convirtió en una representación colectiva que capturó la imaginación pública de los argentinos. Llegó a ser una obsesión generalizada para un vasto público que incluía desde taxistas hasta legisladores y desde abogados hasta amas de casa. La expresión, antes reservada a los conocedores y coto cerrado de los analistas financieros, terminó por ser familiar para todo el mundo: un tema de conversación diaria, un reflejo de la economía argentina y un espejo en el cual los argentinos mismos se veían reflejados.

Era virtualmente imposible encender el televisor, leer los titulares de los diarios o una revista, sin encontrar alguna referencia a esta curiosa y críptica entidad. Las menciones de *Clarín* al riesgo país en sus titulares y bajadas crecieron ocho veces entre 2000 y 2001, en tanto que su primera plana se refería con frecuencia a él. Otros medios también eran pródigos en su atención al índice. Los noticieros televisivos informaban diariamente de su evolución y las revistas le dedicaban artículos. Y el riesgo país llegó incluso a abrirse paso hasta las viñetas de humor que Página 12 publicaba en su portada.

Sin embargo, lo que hace de él un número tan interesante de estudiar no es sólo la masiva atención de los medios, sino el hecho de que el público general siguiera esa cobertura. Después de todo, los indicadores financieros tienen un lugar destacado en las noticias, pero no suelen ser el centro del discurso del público general. El riesgo país sí llegó a serlo. Clarin.com, el sitio web del diario argentino más importante y tal vez el de mayor tráfico de Internet en la Argentina, incluía regularmente los artículos que se le dedicaban entre las notas más leídas, señal indudable de que parte del público le prestaba atención. Los datos de encuestas respaldan esta opinión. Una mayoría (61%) de los participantes en una encuesta realizada por el Centro para una Nueva Mayoría en 2001 estimaba que el riesgo país era importante o muy importante para el crecimiento de la economía argentina. Es digno de notar que sólo un porcentaje relativamente pequeño (18%) declinó contestar, con el argumento de que no sabían de qué se trataba. Esto significa que una elevada proporción de la población encuestada (82%) sabía que había algo llamado “riesgo país” y tenía una opinión en lo concerniente a sus consecuencias económicas.

En su carácter de observador de la actualidad, un periodista de *Clarín* compara el riesgo país con una sensación térmica económica que “marca la temperatura del ánimo” y es un tema diario de conversación entre amigos (Muleiro, 2001). Para él, no es sólo un tema de conversación y una preocupación. Vive la publicación cotidiana del riesgo país como si fuera “esa inapelable y fantasmal nota diaria que imponen los trajeados partidarios del mercado y que nos deja tristes, solitarios, finales” (*ibid.*). El riesgo país, se queja Muleiro, alimenta una sensación de impotencia. Como un veredicto final, generaba un ánimo de tristeza, soledad y desesperación.

Amplia presencia en los medios, objeto cotidiano de conversación, humores sociales cambiantes, causa de tristeza, soledad y desesperación: difícilmente se trate de características que se hayan atribuido a los números, y menos aún a las arcanas estadísticas económicas. Sin embargo, lo que esos aspectos ponen en evidencia es que el riesgo país se había convertido en una representación colectiva que capturaba la atención de un público. Ya no era solamente un objeto epistémico sino, sin lugar a dudas, un fenómeno social.

El riesgo país como *fact-totem*

Durante 2001, el riesgo país se convirtió en una poderosa representación colectiva a la que doy el nombre de *fact-totem*. El *fact-totem* es un símbolo multifacético, una entidad con existencia social independiente que da forma a la sociedad y ejerce una fuerza sobre ella. Los *fact-totems* tienen dos cualidades principales. Primero, son estadísticas que atraen la mirada pública. Concitan una intensa atención pública tanto en términos de cobertura de los medios como de interés del público. Esa atención concentrada crea una representación en la que las miradas del público se encuentran. Se convierte en un punto focal donde converge la atención social. Segundo, un *fact-totem* es una estadística que se articula con relatos identitarios centrales. Condensa significados profundamente arraigados y compartidos acerca de la colectividad.

El riesgo país a la vista de todos

Las estadísticas tienen una presencia constante en los medios noticiosos. Sin embargo, la avalancha de números en los medios masivos rara vez se concentra en un número durante mucho tiempo; antes bien, pasa sin cesar de una estadística a la siguiente, del desempleo al índice bursátil Dow Jones, de éste al índice de construcción de nuevas viviendas y de allí a la confianza del consumidor, y en pocas ocasiones les asigna un lugar destacado que sea duradero. Más importante: el público no siempre presta atención a este desfile continuo. La aparición de un *fact-totem* modifica esta dinámica. La fragmentación mediática y la indiferencia y distancia públicas generales con respecto a las representaciones numéricas se transforman en su contrario.

Un *fact-totem* es una representación numérica que cautiva la imaginación social y es seguida con intensidad por el público. Esta convergencia tiene dos dimensiones conexas. Primero, es un ámbito donde los medios y el público coinciden *periódicamente*. Segundo, también es un ámbito *social y conscientemente* reconocido como un punto de encuentro colectivo. El riesgo país tenía estas dos dimensiones. Los medios le daban una cobertura muy destacada mientras la audiencia mostraba su interés, y había un reconocimiento consciente de que “todo el mundo” prestaba atención a este indicador.

El riesgo país tenía un lugar preeminente en los medios argentinos. Era casi un elemento permanente de los diarios. Aparecía reiteradas

veces en los titulares y las primeras planas de *Clarín*. Un análisis de contenido de la cobertura del riesgo país en los titulares y las bajadas de este diario muestra una masiva información sobre él durante 2001. En comparación, la presencia del indicador en los años previos es escasa: veinticinco menciones o menos por año entre 1998 y 2000, contra ciento noventa y nueve en 2001. Esta cantidad de menciones lo convierte casi en un elemento cotidiano. La decisión de investigar los titulares y las bajadas, y no en el texto completo de los artículos, fija el listón más alto que en las menciones dentro del texto de una nota. Esto proporciona un indicador más relevante cuando uno está interesado en público general, el cual es menos probable que lea el artículo de principio a fin. Pero el riesgo país no sólo llegó a titulares y bajadas: aparecía repetidamente en la primera plana. A lo largo de 2001, *Clarín* publicó en promedio entre cuatro y seis notas por mes que lo mostraban en un titular o una bajada de su primera plana, con encabezamientos cada vez más grandes luego de junio. El relieve del riesgo país tanto en la primera plana como en titulares y bajadas muestra el lugar central que ocupaba en los medios argentinos.

¿Alguien prestaba atención a la oleada de coberturas noticiosas sobre el riesgo país? Los resultados del análisis de las notas más leídas de Clarin.com aportan una prueba convincente de que el público, según lo representan los lectores de este diario *online*, prestaba considerable atención. Entre marzo y fines de noviembre, el riesgo país estuvo setenta y dos veces entre las diez notas más leídas, lo cual equivale al 26% de los días de ese lapso. Llegó a estar treinta y cuatro veces entre las tres notas más leídas, y alcanzó en trece ocasiones el primer lugar en esta clasificación. En julio y agosto, seis artículos dedicados a él ocuparon la cabeza de la lista como las notas más leídas del día en cada uno de esos meses, y diecisiete y dieciocho, respectivamente, se ubicaron entre las diez primeras. Como los mercados financieros sólo operan los días de semana, cuando los diarios *online* alcanzan su mayor tráfico, durante esos meses el riesgo país se incluyó en los diez primeros puestos casi todos los días laborables (el máximo es veintidós casos).

La magnitud de la atención prestada a los artículos sobre el riesgo país era tal que el 15 de agosto, la noticia de que el índice había bajado llegó al primer lugar del *ranking*, por encima del artículo dedicado al partido de la Argentina contra Ecuador por las eliminatorias de la Copa del Mundo de fútbol. Si se tiene en cuenta el estatus pri-

vilegiado del fútbol como espectáculo colectivo en la Argentina, es difícil imaginar un mejor indicador de la fascinación de los argentinos con el riesgo país. Estos *rankings* dejan entrever la considerable atención que suscitaban las notas sobre el riesgo país entre los lectores de clarin.com que, dada su gran cantidad (se cuentan por centenares de miles), representan un parámetro adecuado para concluir que en los sectores medios y altos de la sociedad argentina, que constituyen una gran parte de quienes navegan por Internet, había un interés masivo en los artículos consagrados al tema.

Pero el riesgo país no era sólo un tema noticioso presentado casi diariamente y un objeto al que una gran franja del público prestaba atención. También era un espectáculo conscientemente *compartido* que se relacionaba con la sociabilidad y la conversación cotidianas. Había una percepción generalizada de que “todo el mundo” estaba pendiente de él.

Esta dimensión autoconsciente estaba presente en el riesgo país. No sólo había una gran cantidad de personas que creían que ese indicador era importante (ya fuera debido a su significado económico o a su preeminencia mediática); también se reconocía de manera generalizada que “todos” estaban atentos a él, desde el verdulero de la esquina hasta el ama de casa o el taxista. Mis entrevistas dan muestras claramente este fenómeno: “Era increíble. Uno charlaba con cualquiera, no sé, el almacenero de la esquina y la cajera, y hablaban del riesgo país como si fuera algo común”. Otro participante agregó que, durante 2001, “hablaban del riesgo país hasta los periodistas deportivos y el verdulero de la esquina”. A este último comentario siguió la observación de que lo que esta persona percibía era “la carga emocional que esa reflexión tenía para el verdulero”.

La percepción de que “todo el mundo” hablaba del riesgo país y “todo el mundo” le prestaba atención implicaba que el espectáculo representado por el indicador se vivía como una empresa compartida y colectiva. El riesgo país se había convertido en un ámbito socialmente reconocido donde la economía y la nación se interpretaban a diario. Esta experiencia suma propiedades ritualistas al espectáculo. Había una urgencia por ver lo que “todo el mundo” miraba. En ese sentido, el fenómeno era similar a un éxito televisivo, un acontecimiento mediático o un producto cultural como la miniserie *Raíces*.⁵

El *fact-totem* terminó por ser como la batuta del director de orquesta: el lugar socialmente establecido en el que toda la orquesta con-

5 Hay dos diferencias fundamentales con una serie de televisión. La primera es la simplicidad del artefacto. Las series televisivas son el resultado de muchas horas de video con complejos montajes de la trama, las imágenes, los sonidos y los personajes. Su complejidad les da mayor polisemia y mayor potencial significativo. La simplicidad del *fact-totem*, en cambio, permite un mayor grado de coordinación, lo cual facilita a su vez que el *locus* social sea un ámbito más reducido. En segundo lugar, los *fact-totems*, como se mencionó en la introducción, también participan de los géneros realistas. Pasan por ser representaciones fácticas, no ficcionales.

centra su mirada. En las fragmentadas y plurales esferas públicas de nuestras democracias, con multiplicidad de medios noticiosos y de entretenimiento –divididos entre los locales, los nacionales y los internacionales–, numerosas audiencias fragmentadas y una vasta serie de números públicos, no es poca cosa alcanzar un nivel tan alto de concentración de la visión social (Alexander, 2003; Mast, 2006).

Riesgo país y relatos identitarios

El otro rasgo definitorio de los *fact-totems* es su articulación con relatos identitarios centrales. Estos relatos explicitan parámetros básicos que definen una colectividad. En consecuencia, se considera que los *fact-totems* se articulan con aspectos sumamente valorados de la colectividad. En el caso del riesgo país, esos relatos identitarios eran elementos centrales que estructuraban la comunidad imaginada de la Argentina.

La nación es un objeto complejo con múltiples representaciones. Una nación es un constructo cultural o “una comunidad política imaginada” (Anderson, 1983, p. 6). Es imaginada porque los miembros de las naciones modernas nunca conocen, encuentran ni ven a la gran mayoría de los demás integrantes de la colectividad. Aunque carezcan de ese vínculo personal, comparten, no obstante, una fuerte “imagen de su comunión” (*ibid.*). Las naciones se imaginan como comunidades soberanas limitadas que exhiben una “profunda camaradería horizontal” (*ibid.*, p. 7). Estos artefactos culturales son el producto de procesos históricos complejos que articulan un conjunto plural de significados y símbolos en una identidad nacional. Los elementos básicos de la comunidad imaginada son complejos y heterogéneos. Uno de los componentes claves es una serie de relatos fundacionales o mitos de origen que contribuyen a organizar el pasado y proyectar un futuro. Son el marco básico en torno del cual se construye una identidad nacional (Anderson, 1983; Calhoun, 1993).⁶

En el caso del riesgo país tomaron relieve toda la serie de imaginarios articulados alrededor de la narratova de “Argentina como una nación europea”. Esta idea de larga data organiza toda una serie de hechos históricos, demográficos y sociales, al igual que ideales y aspiraciones en una narrativa coherente. El boom económico durante el Menemismo en los noventa vio un resurgir de esta narrativa y sus ideales. La estabilidad política y económica anclada en los ideales modernizantes de la utopía neoliberal, sumada a ciertos aspectos de

⁶ Anderson (1983) captó la conexión entre las representaciones numéricas de la nación y las comunidades imaginadas. En el epílogo de su libro menciona la importancia de los censos para la imaginación nacional. Sin embargo, no amplió esta idea a otras estadísticas y números, y tampoco la desarrolló de manera sistemática. El concepto se ajusta a la literatura de historiadores y sociólogos que consideran que los sistemas de clasificaciones producidos por las estadísticas crean dimensiones sociales. Patriarca (1996) desarrolla un interesante ejemplo en relación con la formación de Italia en el siglo XIX.

prosperidad para algunos sectores de la población argentina colaboraron en reavivar esta faceta identitaria. Esto quedaba claro en los chistes y conversaciones sobre Argentina “Primer Mundo”. Estas narrativas forman el fondo sobre el cual se despliega el espectáculo compartido del riesgo país y con las cuales se vio entrelazada. Uso datos de chistes, artículos de los medios y mis entrevistas para mostrar estos vínculos.

La mayoría (59%) de mi muestra de entrevistados vinculó el riesgo país y el lugar de la Argentina en los *rankings* de naciones basados en este indicador. Uno de los participantes, por ejemplo, se quejó de no estar seguro de lo que el riesgo país implicaba, pero recordó que anunciaba que la Argentina estaba “cerca del último país del mundo, no me acuerdo cuál”. Luego mencionó a “Burundi” (un nombre estereotípico de un país africano). Otro recordó vagamente que el riesgo país argentino era astronómico (“como los kilómetros de aquí a la Luna”) y dijo creer que “había un país de África y después venía la Argentina”. Agregó que eso le hacía sentir que la Argentina se había caído del mapa. Otra persona recordó “que decían que teníamos el riesgo país más alto del mundo y hablaban de países terriblemente pobres, perdidos [...], Nigeria. Países que uno decía, no quiero ser como ése”. Otra: “todo el mundo hablaba del riesgo país y aparecíamos peor que Kenia, peor que todos los demás países”. Más de la mitad de los encuestados (veinticuatro, el 59% de la muestra) hicieron asociaciones similares.

Estas declaraciones están relacionadas con la forma como los medios argentinos informaban acerca del riesgo país. Lo habitual era no sólo que mencionaran el número en bruto, sino que utilizaran comparaciones y *rankings*. Por ejemplo, el 11 de octubre de 2001 *Clarín* anunciaba en uno de sus titulares: “Argentina, con el mayor riesgo país del mundo”. La bajada mencionaba que el país había superado a Nigeria. Otros diarios también se hicieron eco de la noticia. Ese mismo día, la irónica primera plana de *Página 12* decía: “Argentina campeón. La derrota en el último minuto ya está vengada: el riesgo país argentino cerró a 1877 puntos, el más alto del mundo, desplazando a los 1857 de Nigeria a un triste segundo puesto”. La cuestión tuvo tal impacto que el vocero presidencial, Juan Pablo Baylac, se vio obligado a comentar: “La Argentina es mucho más que Paquistán y que Nigeria, y va a seguir siendo un gran país” (*La Nación*, 11 de octubre de 2001).

Esta dimensión cobra un relieve más agudo en las viñetas humorísticas publicadas todos los días en la primera plana de *Página 12*. Varias de las diecisiete viñetas publicadas en 2001 con referencias al riesgo país aludían reiteradamente a las comparaciones entre naciones. Dos de ellas ayudarán a ilustrar la articulación entre riesgo país y relatos identitarios. La ilustración 1 presenta el texto de una de las viñetas. Ésta muestra a Domingo Cavallo, por entonces ministro de economía, y a un asesor. En esta viñeta, el riesgo país se relaciona con una nación inexistente. El texto pone en juego tanto la trascendencia del indicador (es lo bastante importante para generar la preocupación de un ministro de economía) como el hecho de que en él hay un elemento comparativo.

En la segunda viñeta, Cavallo vuelve a ser el blanco de la burla. Esta vez el ministro dice que se siente identificado con el miembro de los Beatles que acercó a la India y Occidente. Cuando se le pregunta por qué, responde que es porque él mismo acercó la Argentina a Nigeria. Los *rankings* actúan otra vez como un telón de fondo de las viñetas. En ésta, sin embargo, el sentido de la comparación con el país africano es más claro. George Harrison acercó dos entidades que eran diferentes, Occidente y la India. Cavallo acercó la Argentina, que aparece en una analogía con Occidente, y Nigeria, aquí análoga a la India. La oposición planteada en la analogía es la que hay entre modernidad y desarrollo, por un lado, y subdesarrollo y pobreza, por otro.

Otras viñetas juegan con asociaciones similares, algunas con Brasil y otras con la magnitud del riesgo país y la presunta pasividad del presidente De la Rúa. El elemento subyacente de estas viñetas humorísticas y las entrevistas es la serie de relatos nacionales de la Argentina antes presentados, que giran en torno del país como una nación europea en América Latina.

En conjunto, las citas tomadas de las entrevistas, los titulares de los medios y las viñetas muestran la amplia articulación del riesgo país con el relato del lugar de la Argentina en el mundo. Los medios destacaban la información del riesgo país en el contexto de los *rankings*. La viñeta de *Página 12*, que chanea con la proximidad de la Argentina y Nigeria, capta este aspecto con claridad y explicita los senti-

Ilustración 1



Fuente: *Página 12*, 12 de mayo 2001

Ilustración 2



Fuente: *Página 12* 3 de Diciembre, 2001.

dos del riesgo país como un *fact-totem*. Las entrevistas suministran pruebas en respaldo del vínculo, en las respuestas de la gente, entre ese indicador y el lugar de la Argentina en los *rankings* correspondientes. Los encuestados recordaban que se hacían algunas comparaciones “terribles” con naciones africanas, países “perdidos”, a los que nadie quiere parecerse. Prevalecía la sensación de que la Argentina se había “caído del mapa”. Los *rankings* por riesgo país venían a confirmar ese descenso con patente claridad. Proponían la imagen invertida del origen europeo. Esas comparaciones tocaban una cuerda muy sensible en la esfera pública argentina.

La articulación con los relatos fundacionales que anclan la identidad nacional argentina dan al riesgo país mayor relevancia y un excedente de significado no presente en el indicador como mero elemento de información económica. De hecho, sólo una minoría de mi muestra (cuatro entrevistados, el 10% del total) pudo definir el riesgo país en términos siquiera remotamente parecidos a la definición técnica. Para muchos de los encuestados, ese número se había convertido en un potente símbolo y una representación colectiva que, como advierte Durkheim (1965, p. 259), “puede hacer de nuestro objeto más común un ente muy poderoso y sagrado”.

El riesgo país había llegado a ser mucho más que un indicador financiero: se había convertido en un *fact-totem* que captaba la imaginación y la atención de un gran segmento del público argentino, cristalizando en una representación colectiva compartida una percepción de la decadencia de la nación. Esa representación cobró toda su fuerza cuando los argentinos, al mirarse en el espejo del riesgo país, encontraron a Nigeria como imagen de sí mismos: lo contrario de los ideales contenidos en los discursos y relatos nacionalistas. El indicador se convirtió en un vigoroso símbolo a través del cual un público se imaginaba a sí mismo e imaginaba su lugar en el mundo.

No debe sorprendernos que la cambiante fortuna de los *rankings* del riesgo país produjera impresiones tan profundas. Tras los sueños primermundistas de la utopía neoliberal, la Argentina se despierta por debajo del último peldaño en la jerarquía de naciones: un país africano. El riesgo país pasa a ser una medida de progreso, modernidad o desarrollo. En la escala argentina de estatus de las naciones, estos acontecimientos invirtieron el marco básico del relato nacional fundamental.

Teorizando de las estadísticas públicas

El análisis precedente deja ver que las estadísticas no son meros elementos transparentes de información. Son objetos culturales complejos que requieren una teorización e investigación empíricas detalladas. Este trabajo no pretende argumentar que las estadísticas sean “irracionales” o que no transmitan “información”. El riesgo país fue una variable importante en como se descifra el paisaje económico argentino, pero debería haber sido una más de las muchas piezas de un mosaico multifacético.¹² Pese a ello, se convirtió en el centro de muchas discusiones públicas, en desmedro de otros números y otros aspectos de la realidad social del país. La concentración exclusiva en el contenido informacional y en la dilucidación de lo que las estadísticas deberían comunicar oscurece la rica vida de las estadísticas en su condición de poderosos símbolos y representaciones colectivas, que como tales yo denomino *fact-totems*.

Pero hay otras dos perspectivas. En primer lugar, también tendríamos que ir más allá del estudio de los “juegos de números”. Esto es, los esfuerzos desplegados por diversos actores institucionales en su intención de manipular medidas numéricas claves. Por ejemplo, los organismos de orden público y los políticos intentan sobrestimar o subestimar los índices delictivos en función de sus objetivos políticos y económicos (Baer y Chambliss, 1997), y los decanos de las facultades de derecho procuran mejorar el lugar de sus instituciones en los *rankings* por medio de diferentes acciones sobre elementos claves de éstas como los resultados de los exámenes, los salarios de los docentes o la proporción entre estudiantes y profesores (Espeland y Sauder, 2007). El estudio y la exploración de esos juegos con los números es importante, pero también es crucial ir más allá del ámbito de los actores institucionales para ver de qué manera diferentes públicos entienden las estadísticas y los fenómenos sociales que se nuclea alrededor de ellas.

Segundo, nadie puede negar el poder de los números que se han institucionalizado de diversas maneras y la política y el cálculo interesado que se tejen en su torno. Por ejemplo, los índices de precios al consumidor son medidas claves que afectan los ajustes de salarios y beneficios de grandes poblaciones; la productividad se convirtió en un elemento crucial a la hora de ajustar salarios en las negociaciones y los contratos laborales (Block y Burns, 1986); las cotizaciones bursátiles se vinculan a bonificaciones y otras formas de compensación (por ejemplo la opción de compra de acciones) en las cor-

¹² El riesgo país se utilizó para calibrar tres situaciones económicas importantes. Primero, servía como barómetro de la sensación del mercado acerca de la probabilidad de que la Argentina suspendiera los pagos de su deuda. Segundo, generaba la impresión de que los mercados de deuda estaban cerrados para la Argentina, que, en consecuencia, ya no podría emitir deuda en los mercados internacionales para financiar sus déficits presupuestarios. Para terminar, los economistas han vinculado el riesgo país a las tasas de interés locales. Un alza en el riesgo país suele acarrear un alza en los intereses pagados por las empresas y los consumidores argentinos. Sin embargo, los movimientos diarios habitualmente menores del riesgo país, que suscitaban una catarata de informaciones y eran seguidos por una vasta audiencia, no permitían ver bajo una luz más significativa ninguna de esas tres importantes dimensiones.

poraciones (Berenson, 2003), y también están ligadas a los precios inmobiliarios, y los resultados de los exámenes académicos influyen en la obtención de fondos. Sin embargo, cuando consideramos estos números como *fact-totems*, sacamos del centro de la escena el interés propio de los actores y lo reemplazamos por los lazos que las identidades de los “consumidores” públicos de esas estadísticas tejían alrededor de éstas. La gente puede fascinarse con algunos números aun en ausencia de un vínculo directo con el interés propio en materia económica. La mayoría de las personas a quienes entrevisté no invertían directamente en bonos argentinos ni en el mercado bursátil y tampoco tenían ningún vínculo concreto con el riesgo país, pese a lo cual muchas seguían muy de cerca la evolución de este indicador. Para muchas de ellas, la identidad argentina se leía diariamente en el tortuoso rumbo de ese curioso número.

Las próximas secciones proponen elementos para teorizar e investigar la vida cultural de las estadísticas. En primer lugar, construyo un tipo ideal de número público como un objeto con pertenencia simultánea a las esferas de la matemática, la ciencia y los medios. Esto servirá como base para conceptualizar las estadísticas en la esfera pública. Luego sostengo que, a menudo, el tipo ideal no corresponde claramente a lo que encontramos en dicha esfera. Por último, esbozo algunos de los elementos del modo como las estadísticas se narran en la esfera pública para producir melodramas estadísticos.

Los números públicos en las sociedades civiles reales: más allá de los tipos ideales

Como tipo ideal, los números públicos son una clase particular de objetos culturales que se sitúan en la intersección de tres esferas institucionales y discursivas: la matemática, la ciencia y los medios, lo cual hace de ellos números, fragmentos de discurso científico y objetos mediáticos a la vez. Esta conceptualización representa una primera aproximación que pone de relieve algunas de nuestras ideas teóricas preconcebidas sobre las estadísticas. Esto nos permitirá construir concepciones más detalladas y empíricamente ricas de los números en público, al ver cómo se comportan las estadísticas reales en la esfera pública.

Ante todo, los números públicos son “números”. Esto hace de ellos un tipo particular de objetos en nuestras sociedades modernas. Comparten el aura de la matemática, que, como señala Porter, “ha sido

casi un sinónimo de rigor y universalidad” (1995, p. ix). Los números son símbolos de objetividad e impersonalidad. Estos significados asociados a los números y la matemática contribuyen a generar un aura de credibilidad en torno de los números públicos, que va de la mano con su linaje matemático. Como sostuvo hace poco un periodista, las intuiciones de la gente con respecto a los números la llevan a pensar que “un número es más preciso que una palabra [...] [y] una estadística es más exacta que una creencia” (Engber, 2007).

Las estadísticas, y en especial las económicas, también son fragmentos de discurso científico. Como tales, llegan asimismo a transferir algunas de las cualidades y el prestigio asociados a las ciencias de origen. En términos de Bourdieu, estas formas discursivas transportan una pesada carga de capital simbólico (Bourdieu, 1991, 1994). Las agudas observaciones de Bourdieu apuntan al hecho de que las estadísticas tienen en los debates públicos un aura de autoridad que se alimenta del prestigio de la ciencia y de nuestra prolongada socialización en esa esfera como una fuente de conocimiento imparcial, los valores de la ciencia.

En su carácter de fragmentos de discurso científico y elemento de la matemática, las estadísticas participan del prestigio y las cualidades de estas dos esferas, y crean así un tipo de representación que, al momento de interpretarlas, está sujeta *en teoría* a menos sospechas —aunque no sean inmunes a ellas— en comparación con otras representaciones. Se las acepta como auténticas representaciones de la realidad social y económica. En conjunto, esas dos dimensiones generan un vigoroso tipo de objeto social. Como señala Paul Starr (1987, p. 52) en su estudio de las estadísticas oficiales, los indicadores suelen denominarse barómetros o espejos y los cuadros y gráficos estadísticos se describen como fotografías:

Como las fotografías, las estadísticas parecen interrumpir el flujo de la actividad humana y fijarlo para permitir una inspección más neutral. En la realidad objetiva, los números parecen superiores a las “meras” palabras por la misma razón que menciona Susan Sontag al sugerir por qué la fotografía, en contraste con la pintura, induce con tanto vigor la creencia: un número, como una foto, parece un pedazo de realidad y no una interpretación de ésta.

Los números públicos, entonces, son más afines a un pedazo de realidad que a una interpretación de la realidad social. Son un objeto que se asolea en el aura de la matemática y la ciencia, radiante con la objetividad y universalidad que le prestan estos reinos.

Los números públicos también son objetos mediáticos. Hay una fuerte afinidad electiva entre los medios noticiosos y las estadísticas. Éstas se despliegan de manera saliente en las páginas y pantallas de los medios noticiosos generales. Aun cuando el ideal de objetividad periodística ha cambiado y mutado desde sus orígenes, todavía constituye un ideal regulador para los medios norteamericanos (Schudson, 1978, p. 10). Si el periodismo tienen que ver con los hechos y la realidad, ¿qué mejor instrumento para transmitirlos que los números, que, como atinadamente expresa Starr (1987), “parecen un pedazo de realidad” y no representaciones construidas? Las estadísticas parecen ser inmunes contra la opinión: parcelas de la realidad misma presentadas en forma prístina como noticias. A la inversa, dada la naturaleza institucionalizada de la comunicación periodística (es decir como un conjunto de convenciones en un género discursivo que se refiere a los hechos y la realidad), el uso mediático repetido de los números públicos pone diariamente en escena esa aura de objetividad que éstos tienen para los públicos masivos (Austin, 1967; Alexander, 2004).

El tipo ideal presenta la concepción estilizada de las estadísticas en la esfera pública. Los números públicos ideotípicos sugieren un modo particular de apropiación, con mayores probabilidades de atravesar la gruesa armadura de escepticismo que rodea a las audiencias de los medios contemporáneos. A decir verdad, esa actitud escéptica es común y sensata. Sin embargo, es preciso estudiarla empíricamente. Los resultados del estudio del riesgo país respaldan la idea de que sectores del público de la sociedad contemporánea ejercen un saludable escepticismo con respecto a esas pretensiones de objetividad de la matemática (y de las estadísticas como disciplina), así como con respecto a la ciencia y los medios. En el caso del riesgo país, parte de la muestra que entrevisté mostraba un saludable grado de recelo en lo concerniente a algunas de las tres dimensiones del aura (20% de la muestra).

El tipo ideal es útil como punto de partida para la investigación de las estadísticas en público. Permite a los especialistas en ciencias sociales comenzar a explorar la divergencia que fenómenos estadísticos específicos exhiben con respecto a él. Sólo se llegará a una comprensión más matizada de los números públicos si se emprende una cuidadosa investigación empírica de casos y contextos particulares. ¿El aura de confianza existe en algunos contextos pero no en otros?

¿Incluye todas las estadísticas? ¿O sólo las producidas por el Estado, por el mercado, por actores y organizaciones privadas? ¿Hay variaciones en función de los contextos nacionales e históricos?

Fact-totems y dramas estadísticos

Del estudio del riesgo país se desprendió la nítida sensación de que las estadísticas en público tienen una vida dramática. Esta sección final comienza a teorizar algunos de los elementos de los dramas estadísticos.

La presencia de las estadísticas en los titulares de los medios de noticias suma otra capa de complejidad a los números públicos. Los medios masivos están sujetos a presiones y convenciones institucionales específicas que moldean la información estadística. Con frecuencia, esos números deben despojarse de su piel y su envoltura académicas y expertas en las convenciones y el lenguaje de los medios de masas, y dan así origen a formas específicas de narración y drama.

Esta articulación de las estadísticas y los medios masivos puede suscitar lo que propongo llamar dramas estadísticos. Éstos constituyen un tipo específico de relato. Se trata de una micronarración episódica de ascenso y caída que exhibe cualidades melodramáticas. Estas narraciones se basan en números y se desarrollan en numerosos capítulos, como las series de los medios de la ficción popular. Cada nueva reiteración consiste en la publicación de un nuevo número, que casi siempre incluye modificadores y comparaciones.

Por ejemplo, el riesgo país tenía una periodicidad muy alta, en cuanto seguía un ciclo diario que producía un nuevo número todos los días laborables. La publicación diaria de los números del día anterior se convirtió en un encuentro dramático y público donde el destino de la nación y la economía se leía cada vez como si fuera la primera. Cada nuevo episodio condensaba angustias de anticipación (¿hoy estamos mejor o peor? ¿El índice se hundió o creció sorpresivamente?), con una rápida resolución dramática en un encuentro periódico. El suspenso y la emoción impregnaban esos encuentros.

Como todas las formas de drama, los dramas estadísticos también están sometidos a efectos específicos de géneros y formas concretas de representación. A fin de que las estadísticas puedan presentarse

en los medios masivos, es preciso adaptarlas a la forma típica de representación preponderante en ese terreno. En otro lugar desarrollé una “retórica de los números” (De Santos, s. f.[a]). Dos tropos mediáticos son de especial relieve por sus características dramáticas: los *records* (por ejemplo, “el riesgo país trepó hasta su nivel más alto en el ministerio de Cavallo”) y los *rankings* (por ejemplo, “sólo Nigeria y Ecuador tienen un riesgo país más alto que la Argentina”). Esos tropos dan más fuerza al simple drama del ascenso y la caída, al introducir una mayor complejidad y subtramas en el relato por medio de comparaciones transnacionales, así como al incorporar dimensiones históricas.

Esos tropos injertan connotaciones en las estadísticas y agregan capas de significado en torno de los números públicos. Son fáciles de decodificar por las audiencias no expertas y ofrecen un asidero aun en ausencia de una idea clara de lo que significan los números públicos. A menudo se convierten en puntos memorables dentro de los relatos y las conversaciones urdidos alrededor de las estadísticas. Transmiten cierta “sustancia” a los legos, aun cuando éstos carezcan de una comprensión nítida del sentido técnico de los números. Así sucedió sin duda en el caso del riesgo país. El “incidente del *ranking*” con Nigeria fue recordado por muchos de mis entrevistados, incluso años después de ocurrido, y se lo incluyó en muchas de las viñetas humorísticas y los comentarios de los medios sobre el riesgo país.

Los dramas estadísticos son micronarraciones. Con esto me refiero a que son relatos minimalistas que carecen de la complejidad de las narraciones hechas y derechas. Las estructuras narrativas más complejas tienen ciclos que incluyen fases como la situación, la complicación y la resolución. La estructura de los dramas estadísticos es más simple. Cada episodio se concatena con los anteriores, anticipa los futuros y construye una forma de intriga. La saga del riesgo país se basaba en las aventuras diarias de este índice, su ascenso y caída cotidianos y la sucesión de acontecimientos memorables: marcas superadas una y otra vez, nuevas comparaciones. En un principio la Argentina pasó a Brasil, luego alcanzó la cima del *ranking*. Se cruzaron umbrales numéricos claves: mil puntos, mil quinientos, dos mil. Las políticas económicas y los sucesos mundiales se leían en relación con los cambios que producían en el riesgo país.

Este género numérico tiene cualidades melodramáticas (Brooks, 1976).¹³ Enuncia historias de ascenso y caída, con un significado y

13 Me apoyo en la noción literaria de melodrama elaborada por Peter Brooks (1976). Brooks considera que el melodrama es una de las formas literarias básicas de la modernidad. Algunos autores han ampliado esa concepción más allá de la literatura, para incluir el cine, la televisión y hasta los dramas sociales (Williams, 2001).

una emoción profundos. En los melodramas literarios, el autor ejerce presión sobre la superficie de la vida cotidiana de los personajes para revelar los significados morales más hondos, “lo oculto moral” en el vocabulario de Brooks. El simple gesto de una mano, una acción, una expresión, expone un mundo de moral subyacente a él y que el autor saca a la luz y pone en el centro del relato. Los dramas estadísticos urdidos en torno de los *fact-totems* dejan ver “lo oculto nacionalista” que se esconde bajo la superficie de las representaciones numéricas objetivas y terrenales. Las narraciones periodísticas exprimen una estadística dramática, un objeto cotidiano y prosaico, para extraer un reino de profundos significados morales ligado a los relatos centrales de las comunidades imaginadas. Si el melodrama clásico se relaciona con la moral burguesa, los *fact-totems* explicitan las valencias morales presentes en la identidad y los discursos nacionalistas e identitarios de esas comunidades.¹⁴

El melodrama explota lo moral oculto, pero simplifica los colores morales, los múltiples matices que dominan la modernidad, y propone en cambio agudos contrastes de blanco y negro entre el bien y el mal. Los dramas estadísticos en torno de *fact-totems* también simplifican la sociedad. La gran complejidad de los sistemas sociales modernos, con sus numerosos índices e indicadores, la avalancha de estadísticas, se retira a un segundo plano y deja el centro de la escena al *fact-totem* como representación prístina de la nación. Otros números y otras representaciones pierden nitidez en la imaginación pública y palidecen en comparación con este número, que se convierte en *el* número.

Si hay una cualidad que ha puesto al melodrama en un lugar aparte es su vínculo con las emociones fuertes. Se trata de una forma de drama emocional que medra con la agitación, incluyendo elementos catárticos y cómicos (Brooks, 1976; Williams, 2001). El *fact-totem*, como se mostró antes para el caso del riesgo país, también tiene una dimensión emocional. Muleiro (2001) habla de la tristeza y la soledad producidas por este indicador. En las entrevistas, muchos dieron voz a las variadas emociones, desde la angustia, el miedo, la ira, la frustración y la desesperación hasta el alivio cómico y la risa, que se entrelazaban alrededor del riesgo país.

Los *fact-totems* comparten elementos del modo melodramático, pero carecen de una característica decisiva. En sus formas clásicas y contemporáneas, el melodrama incluye una dimensión maniquea radical que transforma el mundo en un campo de batalla entre el bien y

14 Esto es similar a lo que Billig (1995) llama nacionalismo banal. El nacionalismo, sostiene este autor, se encuentra no sólo en los momentos ardientes de pasión nacionalista en ocasión de guerras y crisis nacionales, sino en una multitud de momentos más nimios de acción prosaica, por ejemplo el izamiento diario de la bandera en un edificio público o las admoniciones cotidianas de los políticos de las que informan los medios noticiosos. Las articulaciones con las estadísticas son parte de esta forma banal de nacionalismo.

el mal y donde está asegurada la victoria final de la virtud a través de las ordalías del relato (Brooks, 1976; Williams, 2001). En el *fact-totem* esa dimensión maniquea no está presente. Con frecuencia hay villanos y héroes, pero el contraste no es tan marcado como en el melodrama. En el drama del riesgo país, el FMI, los operadores extranjeros y a veces el presidente representan el papel de los villanos, mientras que el personaje del héroe era casi siempre un lugar vacío. El ministro de economía, Cavallo, sin duda aspiraba al papel y se esforzaba por conseguirlo, pero no daba del todo la talla. En este sentido, el ascenso y caída diarios del riesgo país es un proceso con final abierto. Nada garantiza el triunfo de la virtud ni la victoria definitiva de los protagonistas.

Los números públicos y los *fact-totems* son tipos específicos de objetos culturales y pueden llegar a ser vigorosas representaciones colectivas. La publicación de esos números en los medios masivos implica su adaptación a las convenciones mediáticas de género que procuran hacerlos accesibles a una vasta audiencia. Esa ampliación puede dar origen, en el caso de los *fact-totems*, a dramas estadísticos: micronarraciones episódicas de ascenso y caída. Éstas prosperan con la anticipación, el suspenso y una rápida resolución, nada más que para volver a renovarse en el ciclo siguiente. Tienen características melodramáticas, pero no llegan a adquirir un estatus melodramático cabal debido a su abolengo realista.

Conclusión

La literature en ciencias sociales ha prestado escasa atención a la investigación conceptual y empírica de las estadísticas y los indicadores en la esfera pública. Este artículo ha abordado esta laguna empírica y teórica por medio de un estudio del riesgo país en la Argentina. Ha mostrado que las estadísticas son representaciones colectivas densas que pueden dar origen a poderosos fenómenos sociales a los que he dado el nombre de *fact-totems*, y demarcado la imaginación estadística como un ámbito social merecedor de investigaciones y elaboraciones teóricas.

Esta investigación también nos permitió, en varios aspectos, ir más allá de la literatura existente. Ante todo, pudimos mostrar la inadecuación de la concepción de la información como un objeto transparente, predominante en la economía y gran parte de las ciencias sociales. El análisis del riesgo país y el concepto de *fact-totem* han de-

mostrado que las estadísticas no son objetos simples y transparentes, sino más bien símbolos plurales en torno de los cuales se entrelazan dramas estadísticos, representaciones colectivas y emociones fuertes. También resulta claro que los sociólogos deben aventurarse más allá de los confortables límites propuestos por el marco de la producción de estadísticas preponderante dentro de la sociología de las estadísticas. Estas últimas no sólo son mejores o peores representaciones de la realidad social, teñidas por diversos contextos sociales y fuerzas organizacionales. Es preciso estudiarlas como representaciones mediáticas y ámbitos claves de atención y debate público. La sociología se ha apoyado durante demasiado tiempo en un modelo simple e implícito de información transparente que, sin lugar a dudas, es empíricamente inexacto y teóricamente poco atractivo. Este artículo también señala el creciente poder de las representaciones económicas. No se trata simplemente, como aduce Bourdieu, de que el Estado sea el banco del capital simbólico, que por medio de las leyes y el sistema educativo imprime las categorías básicas del pensamiento social. El caso del riesgo país muestra que las representaciones económicas y estadísticas son ámbitos cruciales que dan forma a la imaginación social. La economía y los actores económicos son una arena decisiva para la formación de categorías sociales, con frecuencia más que el Estado.

Este trabajo ha extendido el alcance y los conceptos de la sociología cultural para incluir los números como un tipo diferente y crucial de símbolo. Complementa el rico género de estudios de otras superficies como las crisis, los sucesos mediáticos, los escándalos, las actuaciones sociales y las guerras. He tomado muchos elementos de esta tradición, ampliando el enfoque centrado en los relatos de la sociedad civil para identificar diferentes géneros y tipos simbólicos articulados alrededor de los números públicos.

En suma, este artículo ha propuesto la imaginación estadística como nueva área de investigación, para lo cual construyó un nuevo concepto y objeto de investigación: los *fact-totems*. Los *fact-totems* son números públicos con vasta circulación mediática y atención pública que se vinculan a los relatos identitarios centrales de una colectividad. Son influyentes representaciones colectivas que producen dramas estadísticos. Tienen cualidades melodramáticas y son el centro de fuertes emociones. Provocan efectos difusos en los ámbitos político, económico y cultural, al construir la percepción que el actor tiene de la realidad social y económica, mediante la concentra-

ción de la atención social en algunos aspectos de la realidad social y el injerto de una serie de connotaciones en esta área. Como nuevo concepto, el *fact-totem* presenta un tipo ideal inicial para investigar los fenómenos estadísticos en la esfera pública. Uno de sus méritos radica en ser productivo. Plantea una serie de nuevas preguntas. ¿Cómo surgen los *fact-totems*? ¿Podemos explorar y documentar sus efectos? ¿Cómo cambian cuando se sitúan en diferentes niveles (ciudad/pueblo, instituciones, empresas, campos, Estados en un nivel global)? ¿Pueden las estadísticas articularse con otras formas discursivas al margen de los relatos de la nación? Si es así, ¿a qué clase de fenómenos dan origen? Todas estas cuestiones son terreno fértil para futuras investigaciones.

Bibliografía

- Alexander, Jeffrey. 2003. *The meaning of social life: a cultural sociology*. Oxford: Oxford University Press.
- _____. 2004. "Cultural Pragmatics". *Sociological Theory*. 22(4): 527-573.
- _____. 2006. *The Civil Sphere*. Oxford University Press.
- Alexander, J. and Smith, P. 2001. "The strong program in cultural theory". *Handbook of Sociological Theory*. New York: Kluwer Publishers.
- Alonso, William and Starr, Paul (eds). 1987. *The Politics of numbers*. New York: Russel Sage Foundation.
- Anderson, Benedict. 1983. *Imagined Communities*. London: Verso.
- Austin, J.L. 1967. *Doing things with words*. Cambridge : Harvard University Press.
- Auyero, Javier. 2000. *Poor People's politics: Peronist survival networks and the legacy of Evita*. Durham: Duke University Press.
- Baer, Justin and Chambliss, William J. 1997. "Generating Fear: politics of crime reporting." *Crime, Law and Social Change*. 27: 87-107.
- Berenson, Alex. 2003. *The number*. New York: Random House.
- Best, Joel. 1987. "Rhetoric in Claims-making" *Social Problems* 34:101-121.
- _____. 1989. "Dark figures and child victims: statistical claims about missing children". In *Images of Issues*. Joel Best (ed). New York: Aldine Gruyter.
- _____. 2001. *Damned lies and statistics: untangling numbers from the media, politicians and activists*. Berkeley: California University Press.
- Billig, Michael. 1995. *Banal Nationalism*. London: Sage.
- Block, Fred and Burns, Gene. 1986. "Productivity as a social problem: uses and misuses of social indicators". *American Sociological Review*. 51(6): 767-80.
- Boltanski, Luc 1987. *Cadres: The making of a class*. New York : Cambridge University Press.
- Borges, Jorge Luis. 1989. "Palabras de Jorge Luis Borges". in Alain Rouguie. *La América Latina: Introducción al extremo occidente*. México. Editorial Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre. 1991. *Language and symbolic power*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- _____. 1994. "Rethinking the state: genesis and structure of the bureaucratic field" *Sociological Theory*. 12 (1): 1-18.
- Brooks, Peter. 1976. *The melodramatic imagination*. New Haven: Yale University Press.
- Bustillo, Inés and Velloso, Helvia. 2000. "Bond markets for Latin American debt in the 1990s". *Serie Tema de Coyuntura N 12. CEPAL*. November 2000. (Accessed on Feb 7th, 2007 at: <http://www.cepal.org/publicaciones/xml/9/5169/lcl1441i.pdf>)
- Calhoun, Craig. 1993. "Nationalism and ethnicity". *Annual Review of Sociology*. 19: 211-239.
- Callon, Michel. 1998. *The laws of the markets*. Oxford: Blackwell.

- Centro para una nueva Mayoría. 2001. "Encuesta Nueva Mayoría sobre riesgo país". Retrieved on May 2004 (<http://www.nuevamayoria.com/analisis/fragaarg/crosenarg110701.htm>)
- Cohen, Stanley. 1972. *Folk devils and moral panics*. London: MacGibbon & Kee.
- Crettaz von Roten, Fabienne. 2006. "Do we need a public understanding of statistics?" *Public Understanding of Science* 15:243-49.
- de Santos, Martin. n.d. a "Statistics in the news: towards a rhetoric of numbers"
- _____. n.d. b. "Lay understandings of statistics: country risk in Argentina 2001"
- Desroisieres, Alain. 1998. *The politics of large numbers: a history of statistical reasoning*. Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Durkheim, Emile. 1965 [1915]. *Elementary forms of religious life*. New York: Free Press.
- Engber, Daniel. 2007. "You're Getting Warmer...The new statistical rhetoric of climate change." *Slate*. Feb. 6, 2007 Retrieved August 15th, 2008 (<http://www.slate.com/id/2159164/>).
- Espeland, Wendy. and Sauder, Michael. 2007. "Rankings and Reactivity: How Public Measures Recreate Social Worlds". *American Journal of Sociology*. 113(1): 1-40.
- Eyerman, Ronald. 2001. *Cultural Trauma*. Cambridge: Cambridge University Press
- Fama, E. F..1970. "Efficient Capital Markets: A Review of Theory and Empirical Work". *Journal of Finance*. 25:2, 383-417.
- Foucault, Michel. 1990. *History of Sexuality. Vol 1*. New York: Vintage Books Random House.
- _____.1991. "Governmentality". In Burchnell G., Gordon C. and Miller P. (eds). *The Foucault Effect*. Hertfordshire: Harvester Wheatsheaf Press, 1991.
- Goodman, Tanya. 2006. "Performing a "new" nation: the role of the TRC in South Africa. in Alexander, A. Giesen, B. and Mast, J.. *Social Performance: Symbolic Action, Cultural Pragmatics, and Ritual*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.
- Gusfield, Joseph R. 1981. *The culture of public problems*. Chicago: Chicago University Press.
- Hacking, Ian. 1982. "Biopower and the avalanche of printed numbers." *Humanities in Society*. 5(3- 4): 279-285.
- _____. 1990. *The taming of Chance*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Igo, Sarah. 2006. *The averaged American*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Jacobs, Ron. 2000. *Race, media and crisis of civil society*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Jencks, Christopher. 1987. "The politics of income measurement." in Alonso, William and Starr, Paul (eds). *The Politics of numbers*. New York: Russel Sage Foundation, 1987.
- Johnson, John M. 1989. "Horror stories and the construction of child abuse" In *Images of Issues*. Joel Best (ed). New York: Aldine Gruyter.
- J.P. Morgan. 1995. "Introducing the emerging markets bond index plus". New York. July 12th 1995.
- Kiewiet, D. Roderick. 1983. *Macroeconomics and micropolitics: the electoral effects of economic issues*. Chicago: Chicago University Press.
- _____. 1985. "The Effects of Economic Issues upon Voting for President, 1960-80." in *Political Economy in Advanced Industrial Societies*, edited by Norman Vig and Steven E. Schier. New York: Holmes and Meier.
- MacKenzie, Donald. 2004. "The big, bad wolf and the rational market: portfolio insurance, the 1987 crash and the performativity of economics". *Economy and Society*. 33(3): 303-34.
- Mast, Jason L. 2006. "The cultural pragmatics of event-ness: the Clinton/Lewisnky affair" in Alexander, A. Giesen, B. and Mast, J.. *Social Performance: Symbolic Action, Cultural Pragmatics, and Ritual*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.
- Muleiro, Vicente. 2001. "¿Cómo está hoy el riesgo país?" *Diario Clarin*. Buenos Aires. May 15th, 2001.
- Mutz, Diana C. 1998. *Impersonal Influence: how perceptions of mass collectives affect political attitudes*. New York: Cambridge University Press.
- Orcutt, James D. and Turner, Blake. 1993. "Shocking numbers and graphic accounts: quantified images of drug problems in the print media". *Social Problems*. 40(2): 190-206.
- Partriarca, Silvana. 1996. *Numbers and Nationhood: writing statistics in 19th century Italy*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Porter, Theodore M. 1995. *Trust in numbers: the pursuit of objectivity in science and public life*. Princeton, N.J. : Princeton University Press.

- Ragin, Charles C. 1987. *The comparative method: moving beyond qualitative and quantitative strategies*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Reinarman, Carig and Levine, Harry G. 1989. "The crack attack: politics and media in America's latest drug scare" In *Images of Issues*. Joel Best (ed). New York: Aldine Gruyter.
- Schudson, Michael. 1978. *Discovering the news : a social history of American newspapers*. New York : Basic Books.
- Shiller, Robert J. 2005. *Irrational Exuberance*. Princeton: Princeton University Press.
- Smith, Philip. 2003. "Narrating the Guillotine: Punishment Technology as Myth and Symbol". *Theory, Culture and Society* 20, 5: 27-51.
- _____. 2005. *Why War?* Chicago: Chicago University Press.
- _____. 2008. *Punishment and Culture*. Chicago: Chicago University Press
- Starr, Paul. 1987. "The Sociology of Official Statistics" in Alonso, William and Starr, Paul (eds). *The Politics of numbers*. New York: Russel Sage Foundation, 1987.
- Steinmetz, George. 2004. "Odious Comparisons: Incommensurability, the Case Study, and «Small N's» in Sociology". *Sociological Theory* 22(3): 371-400.
- Williams, Linda. 2001. *Playing the race card: melodramas of black and white from Uncle Tom to O.J. Simpson*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Wherry, Frederick. 2004. "International Statistics and social structure: the case of the human development index". *International Review of Sociology*. 14(2): 151-69.
- Zelizer, Viviana. 1994. *Social meaning of money*. New York : Basic Books.